

YEMANYÁ Y CHANGÓ

Si logras perderte el respeto a ti mismo y pasar por la vida sin sonreír a las incitaciones de los ángeles, es muy probable que puedas elegir tu muerte aunque no el momento de tu muerte.

CAMILO JOSÉ CELA

Me latía el corazón de forma anómala, más rápido y profundamente que de costumbre. Ya por entonces fumaba mucho, pero sabía que el motor de mi vida no se había acelerado por la nicotina, sino por la emoción.

Estaba estudiando segundo de Ciencias Físicas; tenía dieciocho años y los ojos pardos, me había acostado con tres chicos y era una cotilla vital irredenta, una pequeña promesa de la física cuántica —no porque me interesaran especialmente las respuestas de la materia a su propia compresión, sino porque, para una osada mujercita de mi tiempo y de mis características, la física cuántica era territorio apenas explorado, eminentemente masculino y muy atractivo—. Planifiqué mi vida con un nivel de frivolidad bastante aceptable: sería independiente, libre, con capacidad de opinar y decidir por propia iniciativa; lejos, muy lejos, del estereotipo algodonoso de niña provinciana, con aspecto de perpetuo aturdimiento, en el que el destino pretendía encasillarme y muy cerca de la ilusión de mi madre —que sí había sido una niña provinciana, una mujer provinciana ahora sumisa y apagada, pero siempre pensante y doliente—, a la que satisfizo haber tenido una hija porque yo, silenciosa y constantemente, le interrogaba sobre la tristeza de su mirada y, constantemente, ella me lanzaba el mensaje: nunca así, nunca. Trabaja, estudia, respétate y olvídales a ellos lo más rápidamente posible. Nunca así, nunca así.

A mí me gustaban sus ojos tristes, que poco tenían que ver con sus circunstancias, más bien debían ser herencia genética, porque también tristes eran los míos.

Siempre había asumido que así no y había optado por lo más difícil, por la selva virgen —con toda la carne en el asador, con toda la fuerza vital de una niña díscola y feliz—, sin darme cuenta de que no estaba en absoluto preparada y de que aquella incursión iba a acarrearle tanta pena que, al final, mi mirada, magníficamente entristecida, acabaría por tener justificación, por significar lo mismo que la de mi madre con una trayectoria vital radicalmente distinta.

Llevaba vaqueros, mocasines y me temblaba la mano cuando intentaba pinzar la credencial, que me permitía asistir de pleno derecho a aquel mi primer congreso, en el cuello de mi polo de verano. Había estudiado mucho, había movido, simultáneamente, todos mis hilos e influencias, mis relaciones sociales. No me gustaba, pero sabía muy bien que así tenía que ser: mi familia, sus amigos, mis profesores. Apenas nada más... ni menos, puesto que resultaron un entramado de relaciones necesarias y suficientes para conseguir mis objetivos. El nivel del congreso sería elevado.

—Ningún estudiante de segundo, no vas a entender nada.

No importaba, estaba convencida de que algo aprendería, aunque sólo fuera del modo de saludar de los ponentes. Me acurrucaría en un rincón escuchando sin participar, soñando que parecía mayor —cosa bastante improbable con aquella cara de susto y aquella trenza trigueña.

—Casi no se notará mi presencia, lo prometo, pero, ¡por favor!, quiero ir.

Pues bien, lo conseguí, allí estaba —bastante apabullada, por cierto.

La primera vez que lo vi, lo asocié inconscientemente con una aceituna. Era un hombre verde, no tenía ningún rasgo singular; no era alto ni bajo, no era grueso ni delgado, no era blanco ni negro, edad imposible de calcular. Era... eso, una aceituna, un hombre verde que participaba tan poco como yo, agazapado en un rincón próximo al mío. No era más que una curiosa aceituna hasta aquella mañana, próxima la hora del esparcimiento del café-cigarrillo, en el que durante algunos minutos abandonamos aquella horrible disertación sobre las posibilidades de utilización del rayo láser, de la que yo había desconectado apenas comenzó. Sentí un punto de calor salvaje en la nuca y le miré: ojos negros, palidez cetrina, pelo muy brillante, muy corto; y algo difuminados esos rasgos que siempre delatan ascendencia negra, la presencia del blues en la sangre. Detrás de mí percibía una mirada que, obviamente, no pertenecía a una aceituna, sino a un hombre prieto, con un enorme bolsón siempre colgado del hombro derecho. Me ruboricé y volví la vista fingiendo una atención tan falsa como ridícula al asunto ese del láser.

Había detectado una poderosa y extraña magia en aquella situación tan humana, tan frívola, tan inconfesable, por la que estaba pasando, porque no puede confesarse la falta de seriedad que supone asistir a un congreso científico de gran envergadura y dedicarse a apreciar alguna mirada ciertamente lujuriosa que se posa sobre la nuca. Lo que pretendía es que en mi currículum, aún bastante escuálido, figurara para siempre que la jovencísima científica había cambiado, aquel verano, la holganza de piscinas, siestas, playas y noches de copas, por su asistencia a un aburrido, pero imprescindible, congreso. Pero en mi alma, mal que me pesara, figuraría que aquel verano me interesó muchísimo más la potencia dulce de una mirada negra y brillante que los avances sobre la cuantificación de la energía luminosa.

Aquellas noches me acostaba inquieta, mal dormía agotada por la curiosidad, soñaba con su silueta, me duchaba, peinaba y vestía por aquellos ojos. Llegaba prontísimo a las sesiones y, cuando subía las escaleras rumbo a mi rincón en la imponente Aula Magna, mi corazón palpitaba acelerado y no podía soportar la idea de que su respiración desapareciera alguna vez de mi nuca. No era preciso ni mirar atrás; notaba perfectamente su presencia, su llegada cuando algún día era menos puntual que yo. La idea de su ausencia total, y para siempre, me enloquecía. Tenía que saber cosas de él, espiarle, conocer el origen de aquellos ojos de fuego.

Una mañana, en la cafetería, me saludó un amigo de mi padre y aproveché la coyuntura para acercarme, imprudentemente, al peligro de aquella figura oscura y larga que sostenía una taza de café, sin apenas musitar una palabra, en otro cercano corrillo de próceres. Refugiada en la situación de forzosa proximidad, le observe sin recato: su placa identificativa (René Macía, Instituto Oceanográfico Nacional de Cuba), su silencio, sus miradas de soslayo, tan fugaces como dañinas, y su media sonrisa giocondiana. Mientras, yo, en un alarde de estupidez bastante apropiado para el momento de ansiedad por el que pasaba mi espíritu, hablaba demasiado, demasiado alto, y facilitaba a mi interlocutor datos sobre mi persona absolutamente innecesarios, pues se trataba de un amigo de mi familia desde siempre, alguien que, como suele decirse, me había visto nacer y, naturalmente, conocía mi nombre, mi edad, mi brillantez

académica, la universidad en la que estudiaba, dónde vivía y cómo pasaba las vacaciones.

Él seguía con su mutismo observador y un poco sarcástico; yo, transparente e inexperta, mostraba mi enfado frunciendo el ceño al pasar a su lado, fingiendo indiferencia, pretendiendo ignorar una presencia que se estaba convirtiendo en imprescindible para mí. Otro día, cierta corriente eléctrica recorrió mi médula espinal paralizándome durante unos segundos por completo. Cuando giré la cabeza, él, con una amabilidad increíble, mostraba mi cédula identificativa:

—Alicia. Alicia, ¿verdad? Se te había caído.

—Sí, gracias —con mi gesto más afable.

Después, todo fueron progresos: Buenos días. Hace calor. Me sentaré junto a ti, ¿está libre? No te importa, supongo. ¿Tomamos café? Poco a poco el acercamiento fue inevitable. Otro día, durante el descanso de media mañana, se lo propuse:

—Hoy hay un concierto de cuerda en la plaza de la Universidad. ¿Quieres venir? Creo que te gustaría.

René lo agradeció y, por fin, se mostró un poco más explícito conmigo: no conocía apenas a nadie, estaba becado por la Universidad de Santiago y había venido al congreso «para respirar un poco», pero no se quejaba.

—Tengo la suerte de poder viajar mucho y lo hago. Viajo todo lo que puedo, y es que están las cosas tan mal por allá.

Cuando acabó el concierto, nos acercamos a la playa: la noche era fresca, la luna imprimía al ambiente una luminosidad acerada; mi vestido negro al viento; su invisibilidad, silencio y emoción. Estuvimos mucho tiempo sin hablar, sin apenas mirarnos, rozándonos levemente, sin atrevernos a romper el instante. Casi de madrugada, casi sin tocarnos, tomamos nuestros respectivos caminos hacia el sueño sabiéndonos, ya irremediadamente, iniciados en una religión nueva y terrible que, como bien intuimos aquella noche, iba a cambiar nuestras vidas para siempre.

El deseo entre los dos era tan denso que se podía palpar entre ponencia y ponencia, entre intervención e intervención, entre café y café. Yo sentía calor, mucho calor, un extraño calor, cada noche en que mi piel blanca y solitaria se encontraba entre las sábanas de la pequeña cama de la residencia añorando otra piel de otro color. Tenía, permanentemente, ganas de llorar, y no podía soportar percibir alterada su respiración sobre mi nuca cada vez que cruzaba mis piernas desnudas o balanceaba la melena trigueña. Yo no hacía más que enviarle señales de socorro; él sólo respiraba entrecortadamente o esquivaba, con descaro, mi mirada. Los días pasaban, las señales iban, como los segundos, descontándose. El congreso estaba a punto de terminar y el cristal de nuestro deseo no se haría añicos en la explosión magnífica de conseguirnos, sino que envejecería en un rincón del Aula Magna de aquella universidad de verano; y nos alejaríamos de él, y nos olvidaríamos, y lamentaríamos por siempre no haberlo destrozado juntos. Otra mañana, otra descarga —las yemas de sus dedos en mi cuello— para forzar la proximidad de su boca a mi oído y hacerme un comentario absurdo sobre la disertación que estábamos escuchando; mejor dicho, oyendo, ya que nuestra concentración estaba años luz por debajo del nivel del sesudo profesor de la universidad de París que no sé qué decía sobre la aberración de cierta fórmula aceptada por la escuela europea mayoritaria.

Le miré, preguntando sin hablar si sabía lo que estaba haciendo; le mostré, en silencio, mi ansiedad de flor abierta, mi olor de hembra abierta y le supliqué clemencia. René me sonrió con ternura y me regaló un folio completamente atiborrado con mi nombre: Alicia de arriba abajo, de un lado a otro, Alicia verde, Alicia decorada, Alicia roja y negra, Alicia abstracta, Alicia... Alicia. Consideré que no sería una falta de respeto

intentar hacer una pequeña fisura en el cristal acariciando, casi imperceptiblemente y durante un fugaz segundo, la suavidad del vello de su brazo. No fue un mandato, ni siquiera una afirmación, sólo una simple pregunta, pues ya había tomado la decisión de salir de allí, de irme fuera cual fuera su respuesta, con él o sin él, pero irme, huir de aquel calor insoportable, de aquel agobio de suspiros.

—¿Nos vamos?

No respondió; sus ojos, turmalinas negras, brillaron golosos. Bajé la vista, poniéndome en pie y recogiendo mis cuadernos, mientras él se levantaba y cargaba su bolsón sobre el hombro derecho, tan velozmente que me tuvo que esperar en medio del pasillo: al amor se va en volandas. Pese a que ni sus zapatillas deportivas ni mis zuecos hicieron el más mínimo ruido sobre la moqueta que recubría las escaleras de acceso a la calle, estaba segura de que había dado un paso atrás en mi carrera, de que mi escandalizable profesor —desconcertado allá abajo, en la presidencia, en ese sitio desde el que se ve todo— no me lo perdonaría nunca. No me importó en absoluto; ese paso, en mi vida, era hacia delante. Usaba mi libertad y deseaba hacerlo. Así, sonriendo feliz y excitada, una luminosa mañana de julio comprendí que es muy difícil caminar al mismo tiempo por senderos paralelos en busca del éxito; que no siempre puede ir parejo lo personal y lo profesional. En definitiva, que la precariedad de aquel equilibrio iba a acompañarme siempre.

Sin saber apenas nada de él, y sin que él apenas preguntara nada sobre mí, durante los cuatro días que quedaban de congreso conocimos nuestras pieles palmo a palmo, el ritmo acompasado de nuestras respiraciones cuando decidíamos descansar, dormir un poco o salir a la calle para comprar leche, un poco de pan, tabaco y la prensa, que nunca teníamos tiempo de leer. Él vivía en un apartamento bastante impersonal, apenas algún detalle suyo: una camisa colgada del picaporte de una puerta, una noticia recortada y clavada con una chincheta en la pared, un grupo de libros descolocados, un cepillo de dientes metido en un vaso de cristal sobre la balda del cuarto de baño. Por lo demás, sólo un apartamento alquilado con muebles baratos; pero olía a él y yo me excitaba con sólo oler aquel ambiente claustrofóbico y tropical. Sus labios eran mi vida, su cuerpo negroide y perfecto me causaba siempre, simultáneamente, asombro y deseo. A él le gustaba observar, con todo detenimiento, la parte más escondida de mi piel, delimitar con exactitud los tres minúsculos triángulos con los que el sol había marcado mi intimidad más blanca, acariciar mi pubis porque nunca había visto ninguno tan claro (soy pelirroja). Pasaba sus dedos por mis muslos, lentamente, para comprobar, divertidos los dos, el contraste de colores de nuestras pieles; después mordía con fruición, utilizaba todo su cuerpo, todo mi cuerpo y nuestros cinco sentidos. Me desgarraba entera y yo no creía poder vivir de otro modo que no fuera unida para siempre a aquel cuerpo que sentía mío, tan mío como mi oreja o los dedos de mis pies.

No nos despedimos ni nos dimos referencia alguna. Estaba tan locamente enamorada que pensaba que nuestra propia energía nos iba a permitir seguir juntos para siempre y, en cierto modo, así fue. Regresé a casa, extraña, como adormecida, como si hubiese envejecido cien años en aquel congreso. Los primeros días sin él fueron una pesadilla: todo me molestaba, no hablaba con nadie, estaba huraña y antipática. Esperaba; imaginaba todo lo que iba a amarle; asimilaba todo lo que él me había enseñado. Estaba completamente trastornada y convencida de que al menos su olor permanecería conmigo para siempre. Dejé de interesarme casi todo: aficiones, familia, amigos. Mi vida se redujo a recordar con ansiedad y a esperar segura de que, de un momento a otro, aparecería con su bolsón a cuestas. No lo hizo.

Un día de niebla, y con dos grados bajo cero, me di cuenta de que no podía olerle. Su aroma se había evaporado en mi recuerdo, le estaba olvidando. Intenté imaginármelo

aterido en algún rincón del mundo y no pude soportar la idea de su frío oscuro, de nuestras soledades ya sin olor y salí a buscarle sin sentido, sin precaución, como se busca cuando se hace por amor.

La verdad es que no me resultó difícil dar con él. Bastaron dos horas y media de llamadas a diferentes teléfonos de la organización del congreso y de la Universidad de Santiago de Cuba para enterarme de que René continuaba becado en Europa (concretamente en estas fechas debería estar en Copenhague). Sin pensarlo un momento me fui a buscar el Caribe entre las brumas heladas del Norte. Me sentaba cada día, durante toda la mañana, frente a un enorme barco que alguien me había indicado, en un dificultoso inglés, como uno de los laboratorios del Instituto Oceanográfico; el resto del tiempo lo empleaba en saunas, siestas, lecturas, infusiones. Quería que no notase las huellas de la ansiedad, que ya eran evidentes, en mi rostro; que no me encontrase excesivamente nerviosa; que me viese guapa. Así transcurrió casi un mes, con entrecortadas llamadas a mi casa donde todo el mundo protestaba —al fin y al cabo, el dinero que costaban aquellas extemporáneas vacaciones era de mi padre—. Nadie entendía qué demonios pintaba allí con el frío que hacía. Un día en el que el sol asomaba tímidamente a través de la niebla —¡por fin!—, vi a mi caribe caminando parsimonioso, la cabeza hundida entre los hombros. Iba poco abrigado, pero tenía un aspecto saludable, arrastraba el bolsón con cierto aire de nostalgia. Corrí feliz hasta situarme frente a él con los brazos abiertos. René permaneció impasible, las manos en los bolsillos, la mirada triste. Me quité el sombrero; mi pelo trigueño, que él había acariciado tanto, se extendió en cascada sobre el abrigo negro.

—Soy yo, Alicia.

Sólo obtuve una gélida mirada por toda respuesta. Esto no estaba previsto en el guión de mi vida. Tuve que pronunciar, llorosa, lívidamente, la frase cruel cuando quise que su gesto cambiase:

—¿Te acuerdas de mí?

—Sí, como no.

Nada más, él no dijo nada más. No le interesaba saber qué hacía allí, no le interesaba responder a la llamada de mis brazos, antes amorosos, que ahora sucumbían al peso del abrigo, del mundo real, de mi recién estrenada desolación. No hubo preguntas, ni siquiera se acercó a mí. De lejos, eso sí, las manos ya fuera de los bolsillos —esas manos, sus manos, mis manos—, dijo:

—Alicia, no puedo, no quiero vincularme a ti, ¿está claro? No quiero tener ninguna relación contigo.

Así, sin más, sin razones, sin porqués.

No sé como lo hice —vomitaba mucho, me mareaba con frecuencia, me recetaron unos ligeros tranquilizantes para combatir el estrés—, pero cuando quise darme cuenta me encontraba en Madrid con veintitrés años, había terminado la carrera con brillantez y me había casado con mi catedrático favorito, aquél que sabía lo del congreso pero que no dijo nada jamás. A él le interesaba una mujer treinta y un años más joven y a mí estar al lado de un hombre vinculado al mar, una eminencia en la materia, un prócer en su especialidad, alguien que viajara mucho con esa impronta. Intenté convencerle, a él y a todo un equipo de investigación, de que yo era una buena científica cuya opinión debía ser tenida en cuenta, de que la línea de investigación cubana era, por sus influencias chinas y soviéticas y pese a todo, una de las más avanzadas, una de las que teníamos que estudiar en profundidad puesto que había mucho que aprender de ella. Lo conseguí sin problemas. En apenas dos años, la línea de investigación del departamento miraba, con envidia y nostalgia, los avances científicos caribeños.

La recepción que se nos hizo fue fantástica. Los funcionarios del Régimen cuidaron de que viviéramos entre fastos. Lograron, con cierta facilidad —creo que por la costumbre que el tiempo y sus necesidades les han impuesto—, dar una concreta imagen de Cuba que todos sabíamos que no se correspondía con la realidad —procuraban que ninguno de nosotros saliera al exterior—. Yo tenía algunos años más, estaba más flaca y me había convertido en una brillante investigadora a la que, en realidad, le importaba un bledo la línea de investigación que ella misma había abierto por inconfesables razones que nada tenían de científicas. Deseaba realizar mi trabajo lo más pronto posible porque la estrategia de otear rostros prietos, en todo lugar y en todo momento, no había dado resultado. La mirada brillante no estaba por allí, de modo que sin perder el único hilo que nos unía, nuestra profesión, y escuchando la voz del instinto, a los cuatro días de estar en Cuba comprendí que necesitaba autonomía: de mi marido, del congreso, de los colegas. Autonomía para buscar el amor. Convencí a Antonio de que estaba muy cansada y de que, habiendo cumplido ya mi deber con pulcritud, necesitaba cierto alejamiento de tesis e hipótesis científicas, así que iba a relajarme un poco haciendo turismo.

Le encontré de nuevo, no podía ser de otro modo. Cuando se busca el amor por todo el mundo y con todas las ganas, se acaba encontrando. Esta vez sonrió con cierta tristeza en la mirada, me abrazó, me contó que había leído mi ponencia y que no estaba de acuerdo con algunas conclusiones y, cuando yo pretendía, con no pocas dificultades, defender mi postura, me besó en la boca: un beso largo..., largo..., profundo y húmedo. El malecón olía, sonaba y humedecía el ambiente al mismo tiempo que a nosotros. Nuestra locura se prolongó durante varios días en los que yo, pese al olor —su olor que me acompañaba—, pese al brillo de mi mirada, pese a mis prolongadas ausencias del hotel, llevé muy bien mi doble juego. René estaba más envejecido, más melancólico, más delgado; y yo, también muy delgada, me afligía un poco más cada instante. ¿Qué me pasaba? ¿Ya no le quería? Él me amaba con esa voluptuosidad única con que se concibe el amor en el Caribe; yo me dejaba querer. Él sugirió cosas, yo fingí que las aceptaba. Sí, aceptaba sus cosas, iba a continuar aquella historia hasta el final.

De regreso, ya en Madrid, me di cuenta de que él no poseía nada mío y yo sólo tenía un número de teléfono, una promesa, un hombre color aceituna en mi corazón y la intención de divorciarme de Antonio.

El tiempo transcurrió como casi siempre transcurre cuando aún no se han cumplido treinta años, no se han realizado todos los proyectos y se espera un poco más del sueño de la carne. Me divorcié; no recuerdo bien por qué. No tuve que ocuparme de nada más que de comprobar que las cosas que quedaban en casa eran realmente mis cosas y de cambiar el número de teléfono, poniendo los recibos a mi nombre. Ana, mi abogada, era buena, una excelente profesional, y yo pagaba muy bien. Ya con una calidad de vida muy aceptable —dinero suficiente, una casa estupenda, un buen trabajo lejos de la universidad y, gracias a mis hermanos, una actividad social bastante interesante—, una tarde dorada de otoño, llamé a René y se lo ofrecí todo, como lo hubiese hecho tres años atrás, como si fuera verdad y él aceptó.

Cuando llegó a Madrid, todo fueron facilidades para él, para nuestro amor, para su integración social. Era un hombre guapo, guapísimo, culto, simpático, y el exotismo que emanaba de nuestra historia gustaba a la gente a la que —bastante aburrida— proporcionamos nuevos datos para cotillear, imaginar y entretenerse un poco. Yo me mostraba irónica y él fascinado.

Comenté con Ana el asunto. A grandes rasgos era que René deseaba casarse conmigo lo más rápidamente posible dado que le caducaba el visado. Yo estaba muy enganchada y no podía prescindir de su cuerpo. Le amaba, pero ya no incondicionalmente, sino

siempre que él cumpliera ciertos ritos de esclavitud emocional conmigo. Le quería poseído, propio, mío para siempre. Pedí a Ana que preparase nuestros papeles para la boda, pero también que lo hiciera de tal modo que él se sintiera atado, que no pudiera abandonarme nunca. En definitiva, René buscaba la nacionalidad y yo pretendía comprarle. Aquel salvaje planteamiento no sorprendió en absoluto a Ana, que me despidió con una sonrisa cómplice.

—Mira que me lo pones difícil, ¿eh? ¿No confías en él? Bueno, ya sabes que eso raya la ilegalidad. No te preocupes, lo estudiaré de todos modos. Alicia, creo que no le amas: sólo su piel, sólo sus ojos. ¿Me equivoco?

—Ana, no me preguntes esas cosas. Creo que sí que le quiero, pero, cómo explicarlo, nuestros esquemas culturales, e incluso nuestros esquemas afectivos, no son iguales, ni siquiera se parecen. Es él quien ha elegido el peor camino para lograr sus objetivos. Pretende utilizar los sentimientos ajenos, concretamente los míos. René no ha sido sincero conmigo; podíamos haber terminado siendo amigos: cariño y amistad como sustitutos del amor que nunca existió; pero ha preferido utilizar la seducción como arma, utilizar mi dependencia, mi debilidad psicológica, y no creo que le importe demasiado si sufro o no. Lo que no sabe es que lo sé. Ana, estamos jugando a un juego peligroso en el que tengo el papel de perdedora, pero no quiero ser la única que pierda.

Al cabo de pocas semanas, Ana nos llamó a su despacho, debíamos firmar una serie de documentos —los necesarios para poder casarnos— y podríamos hacerlo en el plazo de un mes, cuando consiguiéramos la cita en el juzgado. René estaba pletórico, cariñosísimo, feliz. Sus dientes relucían más que nunca, asomando en cada sonrisa, entre aquellos labios inmensos y violáceos, dulces dulces, que seguían siendo el objeto de mi perdición. Firmé algo —nunca he entendido de documentos ni de leyes, pero me pareció que era una tontería—, un papel que hablaba de mi capacidad jurídica, o algo así; una obviedad teniendo en cuenta que la Constitución me reconocía como un sujeto en pleno uso de sus derechos civiles. René firmó otro documento parecido pero, aunque no lo leí, pude observar que tenía algún párrafo más; tampoco lo leyó él, tenía prisa, mucha prisa, por firmar. Miré a Ana y ella me devolvió la mirada y también la confianza y la serenidad. Después de felicitarlos, nos mandó pasar por la notaría donde ya nos estaban esperando y, tras firmar otro documento, el notario, René y yo salimos a la calle con tan sólo un resguardo de depósito firmado y sellado y tres mil euros menos en mi cuenta corriente.

La boda se celebró en enero. Fue una boda muy triste, yo tenía frío y ganas de llorar. René estaba muy contento, su ya tradicional comportamiento cortés y caballeroso se acentuó y comenzó a tratarme de una manera tan excesivamente cordial que, en ocasiones, me resultaba empalagosa. «Eres mi reina», repetía, y yo quería creérmelo y ser su reina para siempre. Pero la intuición, que me decía que René era el hombre de mi vida y estaba, aunque no me gustase, perdidamente enamorada, y que me había llevado a buscar sus ojos a través de medio mundo y un océano, me indicaba que yo era una princesa destronada y que él me amaba falsamente. Pronto, demasiado pronto, la dramática realidad se me mostraría con todo rigor. No sabía lo que Ana había hecho, no me lo explicó nunca, pero confiaba plenamente en ella y me aferraba a la futura eficacia de sus gestiones: algo así como un bálsamo jurídico para poder soportar el dolor que, irremisiblemente, se aproximaba a mi vida y que ya podía barruntar grande y negro.

Los meses siguientes fueron desgranándose casi felices. El comportamiento de René conmigo era tan efusivo, tan dulcemente correcto, que en algún momento llegué a pensar que yo era un monstruo, que su amor era grande y verdadero y mis precauciones sólo producto de mi mente, de cuya salud llegué a dudar. Alguna vez me sugería incluso la posibilidad de que tuviéramos un hijo, lo que acrecentaba aún más mi complejo de

repelente paranoica; si bien aquél disminuía cuando comprobaba los ímprobos esfuerzos que él, un buen profesional, hacía para encontrar trabajo, cosa que, naturalmente, no consiguió jamás pues me había encargado de que así fuera. Debía depender completamente de mí. Cuando llegaba a casa cansado, desolado, yo le consolaba convenciéndole de lo innecesario de su esfuerzo, mostrándole todo lo que teníamos: dos o tres casas magníficas, varios coches, una saneada cuenta corriente y una potente moto que le había regalado el día de su cumpleaños. Le hablaba del índice de desempleo, de lo afortunados que éramos, del buen nivel de vida que manteníamos y procuraba, también, que mis caricias y algunas ocupaciones domésticas y profesionales bajo mis órdenes le tuviesen distraído. René era, para mí, como un perro de lujo que además me proporcionaba placer y al que amaba con locura.

Si no hubiera sido porque siempre estaba alerta, tensa, esperando su puñalada de un momento a otro, porque no creía ninguna de sus palabras ni en sus actos de amor y consideraba a René mi enemigo, aquel tiempo hubiera sido el más feliz de mi vida. Era un marido estupendo, guapo, cortés, inteligente y considerado. A veces pensaba que había llegado a enamorarle y no había cinismo, sino sinceridad, en nuestra relación, que jamás tendría necesidad de utilizar aquel extraño documento: el arma de mi venganza depositada ante notario. Pero los sueños se desvanecían cuando lo veía contar los días que faltaban, no para celebrar nuestro primer aniversario de boda, sino para resolver los últimos problemas burocráticos con su país y quedarse aquí como un ciudadano más, libre y en pleno uso de todos los derechos de cualquier nacional. Cuando se percataba de mi mirada súbitamente entristecida, me abrazaba con fuerza y decía: «Entonces ya nada podrá separarnos».

Superados los últimos obstáculos, mantuvo su actitud galante y ardiente durante algún tiempo pero, poco a poco, comenzó a salir de casa mucho más. «Pasear en moto me relaja», decía. «La gente es encantadora», decía. Poco a poco, fue haciéndose un círculo de amistades diferente al mío. «Es que tú y tus amigos sois un poco sosos», decía. Comenzó a negarse, cada vez más frecuentemente, a acompañarme a algunos actos sociales o fiestas familiares. Empecé a encontrarme sola en lugares en los que nunca faltaba el inoportuno que, ingenuamente o con bastante mala intención, me preguntaba por él. La realidad, por desgracia, me iba dando la razón, y con una lucidez inusual y sufriendo un dolor esperado e intolerable, le dejaba hacer; soltaba la cuerda un poco todos los días.

Una tarde del insoportable verano madrileño, le propuse que pasáramos unos días en la casa de Ibiza sin muchas esperanzas de que aceptara. En efecto, no aceptó. Mientras me hacía carantoñas, intentaba convencerme de que Madrid, en verano, es un lujo cultural que no se quería perder, para concluir que reconocía mi necesidad de descanso, que me marchará a Ibiza, que él se incorporaría unos días después.

Me fui, pero dejando las cosas resueltas; contraté un detective. Dios, ¡qué cara me costaba la verdad! Como había previsto no apareció por Ibiza, ni siquiera un fin de semana de cortesía, y yo le di tiempo, mucho tiempo, todo el verano. Yo misma lo necesitaba para lamer mis heridas, para rumiar mi pena y prepararme psicológicamente, para aprender a asumir la catástrofe.

Cuando, ya bien entrado el otoño, regresé a Madrid, lo primero que hice fue ponerme en contacto con los detectives que, con voz seria y circunspecta, me citaron en su despacho. No pude ver a René. Cuando llegué a casa no estaba y yo, inmediatamente después de la llamada y de una ducha fría y reconfortante, tomé un taxi camino de la verdad, que fue tan cruel como temía. Con suma delicadeza, me fueron dando datos, hechos constatados. Me mostraron fotografías de mi marido haciendo su agosto cultural en Madrid y sin esposa; incluso en nuestro jardín, incluso en mi cama. Mi sonrisa

cuando, con aquellas pruebas guardadas a buen recaudo en el bolso, firmé el cheque y agradecí los servicios prestados con la mirada limpia, nítida y casi feliz, sorprendió bastante a mis perplejos interlocutores.

No pasé por casa; fui directamente, caminando, a la de Ana. Estaba mareada y necesitaba que la brisa de la noche de octubre me despejara un poco; quería mirar la luna llena. Ana se sorprendió mucho al verme

—Perdona que venga a molestarte a estas horas... Es que no quería ir a casa sin que antes vieras esto.

Ana me preparó una cama en su diminuto apartamento y una cena fría que devoré con apetito. Mis manos temblaban un poco, pero no lloré, no me quejé; se me había pasado el mareo.

—Jaque-mate —dijo—. Muy muy bien. Tardaré un poco, pero no te preocupes, el trabajo está hecho. Se tendrá que ir.

Dormí estupendamente y regresé a casa por la mañana temprano; él no estaba. Muy contenta, me dispuse a esperarlo tranquilamente. Por fin, René apareció, sonrió...

—No te esperaba —dijo.

—Ya me lo imagino.

Yo también sonreí, pero no le permití ni siquiera acercarse.

—Ahora soy yo la que no desea tener ningún vínculo contigo. Quiero que te vayas, René. Quiero el divorcio.

No hubo preguntas; sí cierto rubor y una reacción colérica, excesivamente agresiva. Estaba destapando la caja de los truenos, se estaba mostrando tal como era en realidad. Mientras él metía sus cosas en las maletas, yo observaba, apoyada en el umbral de la puerta del dormitorio, cómo daba portazos, musitaba tacos y extrañas palabras en una lengua desconocida para mí.

El divorcio no tardó en llegar: De mutuo acuerdo. Ana admiraba mi entereza y trabajaba duramente para conseguir nuestros objetivos. Creo que se tomó el asunto con una cierta solidaridad femenina, además de con impecable profesionalidad.

A veces, coincidía voluntariamente con René. Cada vez que soñaba con su cuerpo, con sus palabras mimosas, o una ráfaga del olor de su ausencia debilitaba mis sentimientos de odio, o por alguna fisura de mi mente se colaba el más mínimo resquicio de ternura, me vestía de matadora y salía a buscarle por los ambientes noctámbulos más selectos de Madrid. Siempre lo encontraba, nunca me dirigió la palabra, ni siquiera me miraba. Solía ir acompañado de las chicas más bonitas de la noche, entre las que se había puesto de moda, divinas y jovencísimas; nada que ver conmigo. Su frialdad nunca se desmoronó por mi presencia; incluso alguna vez, de reojo, su indiferencia y su desprecio me daban a entender, con todo descaro, que había conseguido su objetivo, que era español y que nunca me había amado. Mi nerviosismo iba en aumento cada día que pasaba en soledad. No quería ni pensar en la posibilidad de soportarle el resto de mi vida pisando el mismo suelo, disfrutando del mismo sol, viviendo en mi país. Tenía que echarle de aquí como fuera. A menudo me asaltaban los pensamientos tenebrosos; maldije mil veces la suavidad del Malecón. (Si Ana no lo consigue, le mataré). Me había transformado en una mujer malvada.

Por fin, una noche en la que estaba bebiendo ginebra y escuchando boleros, casi de madrugada, el sonido del teléfono rompió la soledad:

—Alicia, ¿dónde te metes? —me lo preguntaba una voz limpia y familiar—. No te he podido localizar antes. Soy Ana. ¡Enhorabuena! Salió ayer la sentencia: Nulidad del contrato por causa desvirtuada y fraude de ley. Ya sabes..., acuérdate, él lo firmó.

Yo no podía hablar. El sopor del alcohol y un repentino e intensísimo dolor en el corazón me impedían reaccionar.

—¿Es... es lo que imagino?

Ana estaba muy contenta, se le notaba en el torrente de palabras que me lanzaba en un tono alegre y cantarín.

—Claro, cielo, lo has conseguido. Nulo, contrato nulo; automáticamente pierde la nacionalidad. Alicia ¿qué te pasa?, ¿no te alegras?

—Sí, como no.

Por supuesto que me alegraba. No dormí nada y, en cuanto salió el sol y estuve un poco más despejada, me fui al despacho de Ana, con el estómago encogido, tras haber bebido un café solo. Me explicó todo detalladamente y comencé a comprender y a maldecir haber acertado plenamente.

Las cosas se sucedieron con lentitud; me encontraba otra vez bastante bien. No había vuelto a ver a René, pero supe, por Ana, que había planteado una dura batalla legal en mi contra. Me había desentendido de todo, lo había dejado todo en manos de Ana y me iba, siempre que podía, a pasar largas temporadas al campo, fuera de Madrid, ilocalizable para todos, porque Ana me advirtió que él quería verme, que había intentado ponerse en contacto conmigo en varias ocasiones. Al fin, me dieron la buena, la mejor noticia: pese a todo, pese a los inconvenientes legales de nuestros argumentos, la justicia, por una vez, hacía honor a su nombre y el auto de expulsión había sido dictado.

Una mañana de diciembre, llegó al aeropuerto discretamente acompañado por la policía judicial y allí estaba yo —aquella mañana tan fría y brumosa como la de Copenhague—, esperándole en el vestíbulo, muy cerca de la puerta de salida a la terminal internacional, con el mismo enorme abrigo negro, la misma mirada ilusionada. Pero esta vez era yo la que tenía las manos en los bolsillos y me quedé quieta, indiferente, sin mover un solo músculo cuando pasó a mi lado. Ni una palabra, ni un gesto; sus ojos enrojecidos me lanzaron una mirada de odio que resultó definitiva para mí. Siempre la recordé.

El juego ha concluido. Realmente, ¿quién ha perdido? ¿Quién ha perdido más? Nunca he vuelto a pensar en ello ni a enamorarme, pero sigo creyendo que soy una mujer privilegiada por haber podido comprobar la intensidad de mis sentimientos, la fuerza del abandono, del despecho. El desamor es un arma mucho más mortífera que cualquier otra imaginable. Le había condenado a vivir una vida que no deseaba, que le mataría lenta y dolorosamente, aunque yo me hubiese quedado sin corazón.

A DESTIEMPO

Vuela, vuela alto,
agárrate a mis alas
y aléjate del fango,
que eres tú muy hermoso
para que te tenga
Muerte por esposo.

WILLIAM SHAKESPEARE

El olor de Euskadi fue penetrando profundamente en mí a medida que avanzaba desde Irurzun hasta Gasteiz: la mañana húmeda, los limpiaparabrisas lentos, monótonos. Lluve. Había olvidado este olor casi por completo; este olor y otras muchas cosas que van tomando la forma de recuerdos atropellados.

Me he despedido de Andrés con un bronco: feliz Año Nuevo, que fue precedido por dos frases desagradables: Este viaje tuyo... ¿puedo saber si tiene algo que ver con un hombre? No, no puedes saberlo. Dos frases y un consejo suyo: Bueno, en cualquier caso..., sé tú misma.

Sé tú misma. Me lo repito constantemente, dispuesta a seguir la consigna al pie de la letra. Me lo repito, al compás de la lluvia y de la música de Battiato, mientras recorro el trayecto que me va acercando a la ciudad. Al mismo tiempo, no dejo de pensar en mi cabello —un poco sucio y despeinado—, en mis ojeras perpetuamente oscuras —ahora aún más, debido al cansancio—, en el aspecto de mi rostro —algo arrugado y quemado por el sol y la nieve—. Me preocupa la idea de no gustarle ya. ¿Gustarle? —me engaño a mí misma—. ¿A quién y por qué? Deberá ser él, si es que aparece, quien esté preocupado por seducirme otra vez. Al fin y al cabo, han pasado casi trece años, y yo siempre le vi muy mayor, algo patoso y bastante chiflado.

Llego al hotel casi a las dos de la tarde. Intento tranquilizarme, le busco con la mirada, pregunto por él. No, no ha habido ninguna llamada, me responden cortésmente y me acompañan a mi habitación: un coqueto dormitorio en cuyas paredes ni me fijo. Me quedo sentada en la cama, paralizada por el terror de tan sólo imaginar que él no vendrá; y da la casualidad de que no está. Deja de morder el polvo, reacciona, sal de aquí, come algo. Por fin, y en un tiempo que no logro precisar pero que parece que ha sido bastante poco, me doy una ducha, seco mi pelo y comienzo a tener una sensación insoportable de hambre y cansancio. No he tardado mucho, no he oído el teléfono y, sin embargo, él está en recepción, como si llevara un siglo esperándome, de espaldas. Miro su nuca y se da la vuelta inmediatamente. Su pelo ya no es negro. Aunque sigue siendo oscuro, las canas salpicadas por toda la cabeza le dan un tono grisáceo, como desteñido.

Sólo dice neska varias veces, con suavidad; no me besa, apenas me saluda. Me coge fuertemente del brazo.

—Vámonos de aquí, tengo el coche mal aparcado.

No hablamos, el silencio se hace denso dentro del coche. No me atrevo a mirarle. ¿Qué pensará Juan de mis llamadas... y de esta visita? ¿Por qué estoy aquí?

Hemos recorrido calles que ya había olvidado y no he reconocido el portal de su casa hasta que se ha detenido enfrente. Con el abrigo sobre los hombros, me siento muy pequeña, tiemblo percibiendo el frío y la lluvia sobre la cara. Lleva un pantalón de pana gris, enorme, ajado. El mismo, juraría que es el mismo, pero no creo que ni siquiera la pana resista tanto tiempo. Por primera vez me mira casi sonriendo, sin complejos, con ironía, de reojo. Conozco bien esa mirada, y como entonces, tampoco ahora puedo mantenerla. Ya en el ascensor digo:

—No he llamado a Carmen ni a nadie, y tengo que hacerlo. Pero acabo de llegar y... aún no me ha dado tiempo.

Lo digo en un intento absurdo de justificar mi presencia a su lado, pero él dice:

—No.

No, simplemente, no. Comienzo a recordar su despotismo, a indignarme. Comemos en la cocina de siempre —algo más vacía, bastante más sucia— dos bocadillos, de jamón con tomate, que estaban sobre la mesa envueltos en papel de aluminio. Nada parecido a un hogar. La ventana abierta, el frío de enero, el ruido de la lluvia fuera, contribuyen a que la sensación de desamparo sea aún mayor.

Engullo el bocadillo sin decir palabra, casi sin masticar. Sólo cuando hemos terminado, cuando yo enciendo un cigarrillo y él otro, le miro como al perfecto extraño en que el tiempo lo ha convertido.

—¿Fumas ahora?

—De vez en cuando.

Estoy cansada, mareada, necesito descansar.

—Aquí, ya sabes, ... la jodida lluvia.

Atropelladamente balbuceo que tengo mi equipaje en el hotel, que he venido a ver a mis amigos, que tengo frío.

—Bueno, ya has empezado a ver al menos a uno de tus viejos amigos, ¿no? ¿Qué tal estás? —sonríe apoyando la espalda en la pared. Me siento secuestrada.

Puede que Andrés tenga razón, que pretenderé ser una mujer seria y liberada, pero que me encanta coquetear inconscientemente, porque, ahora, tras el jamón con tomate, cualquier cosa menos tener conciencia de coquetear con este monstruo largo que tengo en frente. Le tengo miedo, pero he respondido sonriente, cruzando las piernas:

—Perfectamente.

—Ya, ya lo veo. Estás muy bien, sigues pareciendo una cría.

Fumo esperando que proteste; no lo hace. Me levanto de la incómoda banqueta y me asomo a la ventana: la calle gris, anochecer frío en Euskadi. Por primera vez, me fijo en el perfil del coche en el que hemos venido a su casa (nada que ver con el cuatro-latas de antes). Tantos recuerdos; no puedo evitar preguntarle qué hizo con él.

—¿Te acuerdas del cuatro-latas?

Miro hacia arriba buscando sus ojos y respondo que sí, compungida, sin comprender de dónde diablos ha salido esta maldita emoción. Me separo y pido permiso para utilizar el teléfono. Señala con el dedo la puerta del salón. Su sonrisa sarcástica me da a entender que intuye que llamo a Andrés, por lo que me veo obligada a decir lacónicamente:

—Voy a llamar a mi madre.

Salimos a tomar un café, y el viento, húmedo y suave, me tranquiliza un poco. Una conversación de relleno ayuda. Se sorprende de que siga en el partido, le resulta muy vistoso, dice. Él ya no. Pero sigue definiéndose como marxista convencido —ahora post-marxista—, tratando de adaptarse a la coyuntura histórica. Han pasado tantas cosas que su perorata me hace reír abiertamente.

Cuando se levanta para acercarse a la barra del bar, me da la oportunidad de observarle a distancia y me parece el hombre más atractivo del mundo, el más apropiado compañero. Incluso me sorprende que hayan derribado el muro de Berlín sin nuestro consentimiento. Vuelve a sentarse frente a mí. Comienza a jugar con mis manos; me avergüenza el gesto, porque estas manos de ahora están más nudosas y oscurecidas que aquellas que fueron sus manos. Él parece no darse cuenta, juega con ellas, las acaricia con suavidad y mi corazón late acelerado, deseando que siga, que me toque, que me bese. No lo hace. De pronto, me suelta y se atusa la cabeza con ese gesto de fastidio tan suyo que ya había olvidado y que me impresiona.

Desde que está conmigo no ha probado el alcohol, no creo que esté ebrio. Sin embargo, me mira con displicencia, con unos ojos vidriosos e incoloros y pregunta:

—¿Por qué te fuiste?

Así, de golpe, a estas alturas de nuestras vidas, esa odiosa pregunta. Quizá he venido hasta aquí precisamente para escucharla, para poder reconocer que sigo sin respuestas. Tengo ganas de llorar. No digo nada, enciendo otro cigarrillo y comienzo a sentirme fatal.

—He querido, quiero, a otras mujeres, pero no como a ti —sigue hablando mucho, muy alto, muy rápido. Siento que me odia—. Tantos problemas... Prefiero las putas. Prefiero

ligarme clientes. Prefiero, mil veces, estar solo. Algunas son como un cuenco maravilloso, pero estoy muy cansado. Ya estoy viejo, neska. Algunas me dan muchos disgustos y otras mucha pena.

Me siento morir, pero sigo fumando, intentando controlar cada movimiento de mis músculos, aparentemente impertérrita. A punto de estallar, susurro:

—Perdona. ¿Podemos irnos?

Sale dando grandes zancadas, delante de mí. Me gustaría coger sus manos, acariciar sus párpados..., un gesto. Quisiera decirle que yo también le quise mucho, que ahora me moría por verle porque creía las heridas cicatrizadas. Bueno, eso sería lo correcto, pero no es verdad. Me gustaría decirle que siempre he deseado que esta herida me hubiese matado. En cualquier caso, decir algo, hacer algo, darle un poco de la ternura que rezuman mis poros y que sólo puede ser para él, por él. Pero sigo temiendo alargar la mano porque puedo palpar el maldito témpano de hielo que, aunque invisible, es evidente entre nosotros.

La noche ha caído húmeda y desangelada, fría y vacía. No, no le quiero, nunca le he querido. Él fue una obsesión, un aprendizaje; lo nuestro nunca fue serio. Fue un maestro, un ser extravagante; simplemente me llamaba la atención. Pero hoy, trece años después, en esta noche de enero, deseo su calor, su energía, su depresión, su olor y su sabor. Hoy le deseo.

Pero me callo. Me callo y observo cómo él saca del armario un edredón viejo, mientras me explica que su dormitorio —con la salvedad de sábanas limpias que debo poner yo— está a mi disposición, que se acercará un momento al hotel para recoger mi equipaje, que regresará un poco tarde, que deja puesto el contestador —por lo que no debo preocuparme del teléfono—, que me ponga cómoda. Se despide con un portazo:

—Hasta mañana.

Ya no estoy cansada ni tengo sueño. Deambulo por esta casa que, alguna vez, fue la mía y que hoy me resulta completamente extraña. Poco a poco me voy familiarizando con su baño, utilizo su toalla, y —aunque quisiera negarlo— cuando huelo sus sábanas al estirar las limpias y asépticas que me ha prestado, constato, muy a mi pesar, que esta noche el olor de ese hombre es lo único que me hará dormir, lo único que me permitirá vivir. Espero un poco sentada en la mecedora, luego el pánico se apodera de mí y me acuesto con la certeza de que, si él no viene para acostarse a mi lado, no habrá mañana, no podré respirar. Apago la luz y pienso en Andrés. En cosas como en qué sitio dormirá hoy o hasta qué punto me ha empujado a esta locura su falta de entusiasmo, su desinterés, sus devaneos absurdos. También la vida pasa para mí. Yo también sé muchas cosas de la monotonía compartida. Por eso no me arrepiento, en absoluto, de estar aquí, de sentir lo que siento. Al fin, tendré que agradecerle que hoy mi corazón sea una bomba de relojería.

Son las tres y veinte y este cabrón no ha venido. Cierro la puerta del dormitorio, entornada hasta ahora, consigo dormirme.

La habitación en penumbra; yo, muy tapada y, al despertar, una gran sombra en cuclillas a mi lado. Una de sus manos acaricia mi pelo, la otra, sumergida por el lateral de la cama, se apoya, tibia, en mi costado desnudo. No tengo frío, pero estoy temblando. Aún tardo un poco en despertar, en comprender que no es un sueño. Aprieto con mis manos la suya, presiono mi vientre, le miro a los ojos —apenas dos puntos muy brillantes en la penumbra—; sus dedos entre mis muslos. Mis brazos se desentienden de las sábanas y me abrazo con fuerza a su cuello, acaricio sus hombros, le beso. Él no, él todavía no. Bruscamente, la ropa cae al suelo: frío y sudor. Con movimientos nada tiernos, salvajes, me muerde las piernas, me besa, me chupa; es otra vez ese punto de agresividad que no he encontrado en nadie más y que me vuelve loca. Sólo afloja su violencia cuando sus

manos palpan mis caderas, mis costillas descarnadas. Parece temer que me haga pedazos de pura flaqueza. Mis piernas aún se mantienen juntas, húmedas pero unidas, ¿por cuánto tiempo? No, no hay ternura del sexo abajo. Pero, cuando abarca mi cintura, noto sus esfuerzos para evitar destrozarme. Sigue semivestido, me da igual, esta vez el placer es mío, y cuando, de un golpe seco, separa mis piernas por los tobillos y jadeando sube, y sudando sube, y mojándolo todo sube, sube, ya no veo la habitación, no sé dónde estoy.

No pide nada, es consciente de que a esta gata no se le puede pedir nada. Me estiro intentando prolongar la ansiedad, intentando negarme, pero su cabeza se aprieta entre mis piernas, prisionera, atenazada... Un poco más; mi sexo se diluye y siento que se ha fundido entre esa saliva viscosa para siempre.

Cuando todo ha terminado, él vuelve a atusarse el pelo y me da la espalda. Enrosco en la sábana húmeda lo poco que aún queda de mí. Estuvimos así mucho tiempo, creo.

—Vístete, no hay desayuno en casa —sale del dormitorio—. Te espero en el bar.

Escucho un portazo en medio de esa mezcla de felicidad y desolación que tardo en asimilar.

Cuando le reencontré en el bar no le noté raro ni nervioso ni impaciente; estaba tranquilo dando buena cuenta de un desayuno americano y leyendo el periódico. Seguía lloviendo mucho.

—Vaya día para hacer turismo, ¿eh?

Me mira por primera vez desde que llegue y me senté frente a él. Coge mis manos entre las suyas y me besa las yemas de los dedos diciendo:

—No vamos a salir, neska, yo quiero seguir con esto.

Estoy perpleja, estoy dudando entre decirle que sí y hacer el amor allí mismo —en esta cafetería mañanera con olor a churros y a café— o echar a correr, llorando, gritando, escapando de aquella mirada socarrona que había sido testigo y causa de que yo hubiera perdido, salvajemente, el control hacía sólo un momento. Acaricia mi barbilla.

—Me gustas, ¿sabes? Me gustas más que antes. Te quiero menos, pero me gustas más.

—¿Qué quieres decir?

Con esta estúpida pregunta pretendo obligarle a explicar lo inexplicable. Pretendo que tenga el valor de reconocer que se le había olvidado el amor que un día sintió por la niña bastante patosa que ahora es una mujer muy distinta, que conoce bien su cuerpo y sabe disfrutarlo. Lo piensa mucho.

—Estás desconocida, te has hecho una mujer un poco... especial. Antes siempre estabas tensa, tenías miedo. Ahora, por lo que veo, te gusta, te gusta mucho, ¿no?

Consigue que me ruborice, pero sigo mirando su boca con un deseo feroz.

Paseamos bajo la lluvia. Adoro esta tierra y adoro sentir sus zapatones chapoteando al compás de mis pasos. Hemos comido en nuestro bar. No sé si ha sido por casualidad o porque recuerda que un día allí le dije a voces, y por primera vez: te quiero. Entonces me lo hizo repetir muchas veces, porque le gustaba que lo gritase en público. Era un día de fiesta. La música y el bullicio de la gente no nos permitían hablar con un tono moderado ni coloquial, pero yo sentí, de pronto, la necesidad de decírselo y se lo dije a gritos; él me entendió perfectamente, pero preguntó varias veces: ¿Cómo? Es que no oigo bien; y yo se lo repetí, gritando como una posesa, hasta que nuestras bocas se aproximaron y nos besamos durante mucho tiempo.

No comenta nada, pero sé que, como yo, está observando con nostalgia la esquina de la barra que sigue igual, incluso el taburete donde yo estaba sentada aquel día, sólo faltan la algarabía y nuestros besos ilusionados. Hoy, el bar está casi vacío y silencioso: dos chicas tomando un café en otra mesa y un hombre mayor que lee el periódico apoyado en la barra. Juan desvía su mirada desde el rincón hasta mi rostro:

—¿Recuerdas?

Sí. Sí, mi amor, lo recuerdo muy bien, demasiado bien, pero no me mires con ese odio. Sus ojos profundos —también estaba equivocada sobre su color, los recordaba negros, oscuros (la memoria es a veces una traición de lo vivido), y son verdosos, pardos, claros, del color de las hojas en otoño— me fusilan a las cuatro y media de la tarde.

Empiezo a encontrarme cómoda a su lado. No hace preguntas sobre mis ojeras, sobre la tristeza que el tiempo ha ido depositando en mi mirada. Al fin y al cabo, debe pensar, la vida pasa para todos con su carga de besos y bofetadas. Qué le voy a explicar yo a este vejestorio que ha sido un vividor, que todo lo intuye, y qué me va preguntar que no sepa de antemano.

A medida que cae la tarde, los recuerdos se agolpan en mi cabeza cada vez más nítidos. Él supo, desde siempre, que yo sería feliz así, secuestrada a sus órdenes. Jugamos con las manos, con los ojos, compramos mucha comida y subimos a casa riendo a carcajadas, definitivamente enloquecidos.

Hace calor en el apartamento. Lo recorro, palmo a palmo, notando su impronta en cada rincón: un par de zapatos bajo el sofá, tapizado en lana roja y negra, donde durmió anoche; muchos menos libros que en mi casa y muchos más documentos desordenados; una taza, con una bolsa de té reseca en su interior, sin lavar desde hace mucho tiempo; un televisor panzudo que tiene el aspecto de no funcionar; una magnífica mesa de escritorio que desentona por completo con el resto del ambiente. Me siento en el sillón de cuero negro con las piernas colgando. Escudriño, curiosa, los intestinos de su vida: los papeles centrados sobre la mesa, el viejo teléfono a la izquierda... Me doy la vuelta y le descubro, con las manos en los bolsillos, apoyado en el quicio de la puerta, ocupando casi todo el espacio, mirándome fijamente con gesto circunspecto. Se acerca a mí; sujeta los brazos del sillón y yo me vuelvo a acurrucar feliz en la jaula de su corazón. Le miro sonriente, rodeo su cabeza con mis brazos y, otra vez, el deseo, la ansiedad. Acaricio su rostro; su afeitado, deteriorado ya, trae a mi memoria su imagen más patética: desmadejado en una silla, con barba de tres días, la mirada vidriosa y un vaso de whisky en la mano. Son las dos de la madrugada, recojo mi bolso, busco las llaves de la moto y le oigo decir: No te vayas, por favor, neska, no te vayas.

Pero me voy, cerrando la puerta con suavidad, pensando por el camino que le abandonaría, que era joven y abstemia, que no tenía por qué tolerar debilidades así, que ese asqueroso borracho no volvería a verme el resto de su miserable vida. Sí, es cierto que por entonces era joven, también abstemia, pero, fundamentalmente, intolerante, ingenua y no sabía nada de la vida.

Le beso, le beso mucho, fuertemente, le beso con fruición hasta que empiezo a sentirme sola, rechazada por su boca. De repente, jugando con el miedo que mi mirada deja entrever, esa boca se abre fuerte y poderosa, su lengua penetra en mí, me muerde los labios, me ahogo. Entramos, salimos, exploramos; es una batalla. Cuando la locura termina, mi cara está empapada y una gota de saliva se desliza por su barbilla. Me toca, me aprieta —ha sido rápido, un instante—, me abandona con una orden:

—Desnúdate.

A mí me da vergüenza; hace tanto tiempo, estoy tan flaca, no quiero defraudarle y hay tanta luz en la habitación.

—La luz.

Sonríe con sarcasmo, me trata mal, sin reparos, me odia. Apaga la luz y la habitación queda a merced de la tenue y triste iluminación que proviene de las farolas de la calle. Parece divertirse con mi repentino pudor. La piel de su torso brilla morenísima y un vello negro y rizado, al que ya no estoy acostumbrada, me hace sentir extraña, un poco nerviosa, pero sé lo que quiero: que me quiera un poquito, que me quiera mucho, que se

muera por mí, trasmitirle un poco de la dulzura que me embarga y recibir algo de la suya, de ésa que, yo lo sé, se halla escondida tras su agresividad. Deseo a ese patán. Amo, sobre todas las cosas, el contraste maravilloso entre su tremenda brusquedad y su intensa dulzura.

—Perfecto..., perfecto. Tus besos siempre fueron perfectos, como ahora.

Abro un intervalo en esa extraña sensación que cabalga entre la desolación y el deseo. Le miro profundamente a los ojos y, percibiendo su placer, decido demostrarle cuánto me ha enseñado la vida sobre las lides del amor. Ya no siento pudor alguno: me muevo, provocho, le muevo, le paro. Gime. Suspiro. Nuestros cuerpos muy unidos, ahora callados y quietos. Quiero que él también disfrute, que disfrute como yo. Lo estoy consiguiendo.

Me mira, acaricia mi pelo; yo, sus párpados.

—Mi Amor, mi amor, te quiero. Te quiero tanto.

Él domina, me tiene paralizada..., no puedo más, él tampoco. Le observo, desnudo, por detrás: vello oscuro en las piernas, músculos brillantes; pero eso no me entusiasma, son otras cosas las que me enloquecen de esta bestia: su mirada, su voz, sus dedos, el modo perfecto de entendernos. Estoy llorando, pero no pregunta, me acoge entre sus brazos como si fuera un bebé. Acercó el oído a su corazón y, al escuchar sus latidos, me siento conmovida y relajada. No me lo permite más de un minuto, de pronto sale de la cama, enciende un cigarro —yo enciendo otro—, coge una botella de vino y bebe un trago largo, muy largo, me la ofrece. También bebo y se la devuelvo. Con un ademán violentísimo la tira al suelo. La moqueta ha protegido el vidrio, pero el tinto espeso se ha derramado formando una amplia mancha. Está gritándome, grita mucho, habla —sin duda de mí—, pero no soy capaz de entenderle. En un impulso irracional, yo, también gritando frases inconexas, salto de la cama, recojo la botella y la pongo sobre la mesilla, me abalanzo sobre él. Sé que podría matarme ahora, también que podría matarle yo. Los reproches se suceden a velocidad de vértigo, el odio larvado va surgiendo a borbotones, la asquerosa confianza hace que no nos detengamos ante nada. Se tapa la cara con las manos, sufre.

—No sé que nos pasa. No sé qué hacemos aquí. Yo necesitaba venir, creí que necesitaba verte..., que a ti también te gustaría. Pero me equivoqué. Creo que voy a irme.

—No, esta vez no te irás.

Me abraza y nota mi piel absolutamente helada. Me ofrece un enorme jersey: gris, oloroso, confortable y divertido que devuelve a mi piel la tibieza. Me miro al espejo, me paseo alrededor de la mecedora. Él sigue callado, serio. No le divierte tanto mi nuevo atuendo, tal como están las cosas entre nosotros, tampoco lo pretendo. Descorazonada, me siento en su rincón de trabajo, juego con la pluma, la abro, la cierro; juego con la calculadora, sumo, hallo porcentajes y, cuando el resultado es un número imposible, me acerco suavemente a él.

—No hemos cenado.

Ríe abiertamente.

—Nunca podré entender por qué sigues tan flaca, sólo piensas en comer.

Tampoco lo entiendo yo, pero nos vamos juntos a husmear a la cocina y organizamos con los restos una cena bastante apetecible.

—No me gusta tu modo de decorar. No me gusta nada el desaliño de esta casa, tus muebles. Este apartamento es confortable, bonito, pero tan desordenado...

—Ya sabes cómo soy, y ¡estoy tan poco tiempo en casa!

—Juan, exactamente, ¿para qué empleas esta casa?

Me mira divertido y a mí me da mucha vergüenza habérselo preguntado.

—No es lo que te imaginas. Yo vivo aquí, y excepto Clara, que limpia lo que puede durante dos horas semanales, apenas es visitado por nadie.

—Y entonces, ¿qué hago yo secuestrada aquí?

—Tú eres tú. Conoces el caos íntimo de mi vida desde hace muchísimo tiempo —me mira, por fin con amor, y me dice—: No me preguntes eso, neska, tú no.

Soy feliz. Me siento flotando dentro de un gran seno materno. Sé que aquí, junto a él, nada me agrede ni me hace daño, que puedo vivir sin tener que pensar ni planificar nada. Disfruto de la vida en el único lugar que de ésta me corresponde. Me diluyo, me olvido; no necesito el teléfono, no necesito llamar a nadie, no llamo a Andrés: ¡ay! Andrés, Andrés, dónde, cómo, y junto a quién dormirá hoy mi Andrés. Comprendo que no me interesa en absoluto. El sonido de la lluvia golpeando los cristales me adormece. Me acurruco en el sillón notando la mano de Juan asida a la mía; la noto tibia, suave. También él parece encontrarse cómodo.

A las nueve y media de la mañana siguiente, escuché el sonido de la respiración de Juan que aún dormía profundamente —ya no se oía llover—, me incorporé en la cama, me puse su cazadora sobre los hombros e intenté calzarme unas zapatillas de piel negra del número cuarenta y cuatro. Abandoné sin hacer ruido el dormitorio. Me di cuenta de que se había despertado —no giré la cabeza, no dije nada— y me fui a la cocina. Necesitaba estar sola, analizar por qué, tras esa monstruosidad que había sido nuestro encuentro, yo me encontraba pletórica, feliz y colmada. Salí a la gran terraza de la cocina. Estaba llena de trastos y el sol hacía brillar el suelo mojado. Gasteiz olía bien, empapada y limpia. Sentí frío en las piernas, pero el espectáculo de esta radiante mañana de enero lo hacía desaparecer por completo.

Juan decide quedarse en casa mientras yo bajo a comprar la prensa. Paseo sola por la ciudad; cada color, cada rostro intuido provocan en mi pecho una intensa emoción. Esta ciudad —los lugares y su magia— es Juan y Juan es esta ciudad: cada rincón, cada juego de luz y de sombras. Los miles de momentos ya vividos, los cientos de rostros que son actores secundarios —algunos bien amados, otros menos—, se me antojan ahora adorables. Recuerdo mi risa de entonces: ingenua, trasparente. ¿Cuánto tiempo hace que dejé de reír así? Respiro hondo.

Vuelvo a casa con algunos bollos y dos periódicos. Mientras se va preparando el café, leemos juntos los chistes del suplemento y un curioso artículo: Razones para amar el Año Nuevo. De pronto, su voz:

—¡Qué bien! Has vuelto.

Siento un ahogo repentino. Quisiera gritarle que no me mortifique, que no he vuelto, que estoy de visita y sólo le he llamado por aburrimiento y por despecho; pero le miro con dulzura y me callo.

Bajamos a tomar unos aperitivos. El ambiente es bueno, claramente dominical. Se lo hago notar añadiendo que a mí los domingos, en general, me horrorizan.

—¿Qué haces tú los domingos?

—Todos los fines de semana viajo lo más lejos posible: a Francia y a Asturias, sobre todo. Cuando hace buen tiempo, voy a pescar. Ya sabes, como siempre. ¿Y tú?

—Nada, yo no hago nada. Descanso. Me encanta quedarme en casa sin moverme durante dos días. Andrés, siempre que puede, se va a la montaña.

—Parece lógico, si tanto le gusta. Pero ¿y tú?

—A mí la montaña me impresiona un poco. Si no puedo evitarlo, salgo a cenar algún viernes. Pero no me gusta demasiado. Prefiero quedarme en casa sola, allí me encuentro cómoda. Estoy acostumbrada.

—No, mi amor; no estás acostumbrada, estás abandonada.

Me acaricia la nuca sin mirarme. Está triste, pensativo. Me besa, nos besamos intensamente en plena calle. Nuestros ojos tristes, nuestros miedos, nuestros deseos.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

Creo que me va a matar. Creo que moriré, y moriré iluminada de un ataque de esta ternura suya tan especial, tan mínima, tan intensa. Me hace sentir una niña pequeña; la pequeña niña que quiere ser mala, muy mala, perversamente adorable. Cuando anochece descansamos, el cuerpo ya dolorido.

—¿Qué crees que es esto?

Su pregunta me sorprende. Todas sus preguntas son, para mí, un callejón sin salida. No puedo mentirle, no hay respuestas alternativas. Sé lo que es esto, sé el nombre que socialmente se le da. Esto es un adulterio en toda regla, un adulterio vivido, constatado y disfrutado minuto a minuto. Sé lo que es pero, cuando miro sus ojos, respondo que es amor —el amor revisitado— y estoy segura de no mentir.

Mira el reloj. El tiempo va transcurriendo inexorable. La sucesión de mañanas y anochececeres va en contra nuestra. Soy consciente de ello desde el primer día, pero él parece que se da cuenta ahora por primera vez.

—Tú abajo.

Sólo eso: palabras sueltas, bruscas; frases entrecortadas. Una relación que sólo es posible entre nosotros porque nuestra pasión nació con el inicio de los tiempos, nuestra unión es perfecta, nuestro placer absoluto.

Me tengo que ir y él lo sabe. No hablamos. Percibo su derrota, también yo me siento derrotada. No podré librarme jamás de sus caricias azules, de su mirada verde; seré toda la vida su prisionera. La idea me aterra, por eso intento, como he intentado siempre, alejarme.

Mientras voy haciendo el equipaje parsimoniosamente, pienso en Andrés con tristeza. Pienso en mi marido como una responsabilidad asumida, como una pesada carga que debo sostener sola, completamente sola, y esa certeza me envejece, ha apagado mi risa y ha enturbiado mi mirada.

—¿En qué piensas?

—En nada.

—Te quiero, neska, has crecido mucho..., mucho.

Me iré, cerraré la maleta, los ojos, y me iré rápidamente. Pero antes debo decirle que me encontrará cuando quiera y donde quiera... o no. Cuando miro a Juan, veo frente a mí a una persona formidable que me encanta y sabe hacerme feliz. Me abraza de nuevo.

—Tu boca es única.

Estoy en la cuerda floja; mi rigidez, mi frialdad se vuelven agua en sus manos. Fingiré, dejaré de temblar. No puedo mostrarle el poder que ejerce sobre mí, sería muy peligroso, podría destruirme.

Se sienta cabizbajo en el sofá.

—¿Ya es hora?

—Juan, te lo dije. Te dije exactamente qué día y a qué hora debería irme.

Él no preguntó nada, yo, por respeto a mí misma, se lo conté: que mi matrimonio no funcionaba, que en cuanto consiguiera un trabajo abandonaría nuestra casa.

Se ha puesto patético

—Me estoy volviendo viejo, neska, y, más que nunca, quiero que te quedes, que estés conmigo ahora. Cántame algo. Tú cantabas bien. Cántame algo, como antes.

Supero el dolor; pese a tener una rata comiendo mi estómago con total crueldad, supero el dolor y canto.

Roberta Flack me enseñaba inglés, y lo único que yo he aprendido y aprenderé de ese idioma en lo que me quede de vida es una canción de amor de Roberta Flack.

Baja conmigo, me lleva la maleta hasta el coche. No se ha afeitado, no me he puesto las lentillas, ojos hinchados, rostros oscuros, amarillentos, desencajados. Le beso en la mejilla, le coloco el cuello de la camisa y encendemos dos cigarrillos. Subo al coche, giro la llave de contacto y cierro la puerta. Me pide que baje el cristal de la ventanilla y —cuando lo hago— pienso en lo injusta que es la vida, que nos podría haber dado dos horas más, dos días, dos años más antes de habernos matado, antes de habernos convertido en dos zombies para siempre.

—No quiero que te vayas, no voy a dejarte escapar otra vez.

—¡Dios! Maldita sea la hora en que se me ocurrió venir.

—Vale, vale, buen viaje y toma esto. No lo abras ahora.

— Mi amor, yo fumo negro.

Le dejo ahí, pegado a la acera, atrás. Veo por el espejo retrovisor cómo va empequeñeciéndose, alejándose poco a poco.

Coloco en la guantera el extraño paquete de tabaco rubio y enciendo un Ducados. Saliendo de la ciudad, entre semáforo y semáforo, pienso que estos días justifican toda una vida, que he tenido mucha suerte de haberlos vivido, que muchas personas mueren sin haber conocido la pasión. Estos días han sido un raro esbozo, apenas siluetearnos para reconocer nuestras formas aparentes, nuestros nuevos perfiles. Es un tiempo sin pérdida ni repetición posible, un tiempo que pertenece al alma, al abismo, al reencuentro de dos personas bastante desquiciadas. Hemos acariciado cicatrices, nos hemos arrebatado líquidos, nos hemos arrebatado vida, hemos luchado como perros (todavía la ternura barre los estragos desde la lejanía).

Bajo el puerto sin prudencia, inquieta, y paro, en cuanto puedo, ante la primera cafetería de carretera que aparece. No entro, me quedo en el coche. Aferro el paquete y lo estrujo entre mis manos intentando no recordar su rostro, intentando que la luz de su mirada se apague dentro de mi cabeza. Algo me hace sonreír: dentro de la cajetilla de tabaco hay otra caja pequeña, abombada, medio envuelta en un folio muy doblado en el que hay algo escrito con tinta negra y sus inconfundibles caracteres, pequeños —casi ilegibles— trazos nerviosos, como si las palabras comenzaran a vivir con ganas y fueran cansándose poco a poco hasta convertirse en meras líneas horizontales. Es un poema:

Poned señales altas,/ maravillosos luceros,/ que se vea muy bien que es aquí./ Que está todo queriendo recibirla./ Porque puede venir/ hoy, o mañana, o dentro/ de mil años, o el día/ penúltimo del mundo.

«Ya ves, neska, tengo que apelar a recursos ajenos porque nunca he sabido decirte cuánto te quiero. Te estoy esperando ya, te esperaré siempre. Hasta que vengas, hazme el favor de ser feliz.»

Por fin puedo llorar y lo hago con coraje, ahogándome, mareada por el dolor. No sé cuánto tiempo estuve así. Un padre de familia golpea el cristal.

—¿Le pasa algo, señora?

Echo una ojeada a su mirada amable, galante; su mujer observa la escena atentamente con una niña de la mano y un niño cerca de ella. Todos lejos de mi coche.

—¿Le pasa algo?

—Nada, muchas gracias.

Me marchó de allí con los ojos vidriosos, sintiéndome aún muy enferma.

Nunca di la vuelta, nunca deshice mi equipaje en casa de Andrés.

Comencé una nueva etapa de mi vida completamente sola y moderadamente sosegada. Por supuesto, jamás me he separado del diminuto brillante que me regaló Juan. Aprendí, por fin, en qué consiste la felicidad y lo efímera que es.